

ALGUNAS IMÁGENES MARÍTIMAS EN LOS ESPIRITUALES ESPAÑOLES DE LOS SIGLOS DE ORO

FELIPE GÓMEZ SOLÍS
Universidad de Córdoba

RESUMEN

Este trabajo analiza una parcela de la lengua de los espirituales y místicos españoles durante los siglos XVI y XVII (San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, Fray Jerónimo Gracián, Fray Francisco de Osuna, Fray Luis de León, Malón de Chaide, Fray Luis de Alarcón, Fray Luis de Granada, San Juan de Ávila, San Francisco de Borja, Padre Luis de la Puente o Luisa de Carvajal) para describir las experiencias místicas. Para ello recurren al mar y a una serie de constelaciones metafóricas como mar = Dios, Jesucristo; la navegación como mar = vida humana, mundo, cuerpo o nave = alma.

Palabras clave: Espiritualidad y mística de los Siglos de Oro españoles; Experiencia mística, San Francisco de Borja, Fray Francisco de Osuna, Imágenes y metáforas marítimas, Fray Jerónimo Gracián, San Juan de Ávila, San Juan de la Cruz, Fray Luis de Alarcón, Fray Luis de Granada, Fray Luis de León, Padre Luis de la Puente o Luisa de Carvajal, Malón de Chaide, Santa Teresa de Jesús.

ABSTRACT

This paper analyzes a parcel of the language of the spiritual and mystical Spaniards during centuries XVI and XVII (San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesus, Hieronymite Fray Gracián, Fray Francisco de Osuna, Fray Luis of Leon, Malón de Chaide, Fray Luis de Alarcón, Fray Luis of Granada, San Juan de Ávila, San Francisco de Borja, Father Luis of Puente or Luisa de Carvajal) in order to describe the mystical experiences. For it they resort to the sea and to a series of metaphore constellations like sea = God, Jesus Christ; navigation like sea = human life, world, body or ship = soul.

Key words: St. Francisco de Borja, Fray Francisco de Osuna, Imágenes y metáforas marítimas, Hieronymite Fray Gracián, St. Juan de Ávila, St. Juan de la Cruz, Fray Luis de Alarcón, Fray Luis de Granada, Fray Luis of León, Father Luis of Puente or Luisa of Carvajal, Malón of Chaide, Marine Images and metaphors, Mystical experience, Spiritual and mystic of the Centuries of Gold Spaniards, St. Teresa of Jesús

Este trabajo analiza una parcela de la lengua de los espirituales y místicos españoles durante los siglos XVI y XVII, como es la utilización de una extensa imagería marítima¹. Nos fijaremos en la imagen, que es el elemento insólito que pertenece al terreno estilístico y que está integrada dentro de la relación metafórica, cualquiera que sea la naturaleza de la metáfora². Una lectura y un análisis de las obras de los espirituales³ han permitido descubrir que el mar es la

1 En otro artículo, expusimos la presencia de imágenes náuticas en la Biblia. Véase F. GÓMEZ SOLÍS, "Imágenes náuticas", en *Alfinje. Revista de Filología*, 10 (1998), 165-169. Agradezco al profesor Ricardo Senabre sus correcciones y observaciones como director de la tesis doctoral *Índice de metáforas y de imágenes de la literatura espiritual española (Siglos XVI-XVII)*, de la que hemos recogido y actualizado algunos materiales.

2 Cf. R. SENABRE, *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*, Salamanca, Facultad de Filosofía y Letras, 1964, *Acta Salmaticensia*, t. XVIII, núm. 3, 132. Cf., además del mismo, "Imágenes marítimas en la prosa de Ortega y Gasset", en *Archivum*, 13 (1963), 219.

3 La nómina de obras con sus abreviaturas es la siguiente: 1. San Juan de la Cruz (carmelita, 1542-1591): *Cántico espiritual* (1584-1591) = *Cántico* (ed. de Cristóbal Cuevas García, *Cántico espiritual. Poesías*, Madrid, Alhambra, 1983); *Subida del Monte Carmelo* = *Subida, Noche oscura* = *Noche*, incluidas en *Obras Completas*, ed. de Lucinio Ruano de la Iglesia, Madrid, BAC, 1982. 2. Santa Teresa de Jesús (carmelita, 1515-1582): *Obras Completas*, II, Madrid, BAC, 1954, ed. de Efrén de la Madre de Dios, como *Camino de perfección* (códice de Toledo) = *Camino, Moradas del castillo interior* = *Moradas, Cuentas de conciencia* = *Cuentas, Libro de las Fundaciones* = *Las Fundaciones*, poema "Dichoso el corazón enamorado" dentro de *Poesías y Libro de la Vida* = *Libro de la Vida* (ed. de Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink, *Obras Completas*, Madrid, BAC, 1976). 3. Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios (carmelita, 1545-1615): *Peregrinación de Anastasio* (hacia 1613) = *Peregrinación* (ed. de Giovanni María Bertini, Barcelona, Juan Flors, 1966). 4. Fray Francisco de Osuna (franciscano, 1492-1540): *Tercer abecedario espiritual* (Toledo, 1527) = *Tercer abecedario* (en *Escritores místicos españoles*, I, ed. de la NBAE, 16, 1911). 5. Fray Luis de León (agustino, 1527-1591): *Poesías* (ed. de Oreste Macrì, *La poesía de Fray Luis de León*, Salamanca, Anaya, 1970). 6. Fray Pedro Malón de Chaide (agustino, 1530-1589): *La conversión de la Magdalena* (1588) = *La Magdalena* (ed. del P. Félix García, Madrid, Espasa-Calpe, 1957-1959, 3 vols., col. "Clásicos Castellanos", núms. 104, 105 y 130). 7. Fray Luis de Alarcón (agustino): *Camino del cielo. Y de la maldad y ceguedad del mundo* (1548) = *Camino del cielo* (ed. del P. Á. Custodio Vega, Barcelona, Juan Flors, 1959). 8. Fray Luis de Granada (dominico, 1504-1588): *De la introducción al símbolo de la fe* (1582) = *Introducción al símbolo de la fe* (ed. de la BAE, 6, 1944, vol. I, de las *Obras de Fray Luis de Granada*). 9. San Juan de Ávila (mística dominicana, 1500-1569): *Audi filia* (ed. póstuma de Toledo, 1574) = *Audi filia* (*Obras Completas*, Madrid, BAC, 1970, t. II, ed. crítica de Luis Sala Balust y Francisco Martín Hernández). 10. San Francisco de Borja (jesuita, 1510-1572): las obras están incluidas en *Tratados espirituales* (ed. de Cándido Dálmases, Barcelona, Juan Flors, 1964), como *Seis tratados muy devotos y útiles para cualquier fiel cristiano* (ed. de Valencia, 1548) = *Seis tratados, Oración de duque de Gandía cuando hizo profesión* (1548) = *Oración del duque de Gandía. Tratado espiritual de la oración y de los impedimentos della, y de las maneras que en ella se ha de entrar* (1557) = *Tratado espiritual de la oración, Ejercicio para buscar la presencia de Dios en todo el día* (1559) = *íd.* 11. Padre Luis de la Puente (je-

imagen por excelencia para designar a Dios y que la navegación se ofrece como la imagen más genuina del proceso místico. Veamos estas imágenes:

1. EL MAR

El mar, dentro de la descripción literaria de las experiencias y procesos místicos desempeña un papel importantísimo para el espiritual⁴. Ello se refleja, por una parte, en la reiteración frecuente de la palabra *mar*⁵ en los textos y, por otra, en la variedad de las metáforas que se constituyen, ya que *mar* es susceptible de tener distintos y, en muchos casos, antitéticos términos reales. Veamos estas metáforas.

1.1. MAR = DIOS

Es ya un lugar común la importancia de la presencia de Dios dentro de la mística y, por lo tanto, en las obras místicas. Podemos afirmar que el objeto de la mística es “Dios experimentado por un hombre en la oscuridad de la fe más allá de los sentidos, en su esencia verdadera”, como piensa Oda Schneider⁶. Además, el sentimiento de la presencia divina adquiere una vital relevancia en las diferentes fases de las experiencias⁷ y en el Cosmos⁸, de tal manera que aquel sentimiento culmina en el contacto directo con Dios⁹. Por otra parte, según Ángel L. Cilveti, la idea de la realidad de Dios está presente en el camino espiritual¹⁰ de la mística española y universal, como en los sufíes musulmanes y los cabalistas judíos.

suita, 1554-1624): *Vida del V. P. Baltasar Álvarez = Vida del P. Baltasar* (en *Obras escogidas del V. P. Luis de la Puente*, BAE, 111, 1958, ed. del P. Camilo María Abad; se incluyen también sus cartas y el *Sermón del P. Rodrigo Cabredo = Sermón del P. Rodrigo*). 12. Luisa de Carvajal (adscrita a la mística jesuítica, 1566-1614): *Epistolario y poesías*, ed. de la BAE, 179, 1965).

4 .Para la mística del recogimiento, por ejemplo, el Amado “sobre mar viene más presto que por tierra” (*Tercer abecedario*, trat. X, cap. 2, 432)

5 La palabra, como el vocablo, carece de entidad propia. En nuestro caso, entenderemos la palabra *mar* como imagen, en tanto en cuanto forma parte de una estructura metafórica, del tipo que sea (cf. R. SENABRE, “Imágenes marítimas en la prosa de Ortega y Gasset”, *o. c.*, 219).

6 O. SCHNEIDER, *Die mystische Erfahrung*, Aschaffenburg, Pattloch, 1965, 6

7 Cf. el P. CRISOGONO DE JESÚS, “La percepción de Dios en la filosofía y en la mística”, en *Revista de Espiritualidad*, 4 (1945) 119-130. Se detiene, sobre todo, en San Juan de la Cruz (126-129) y Santa Teresa de Jesús (129).

8 Cf. A. GUY, *El pensamiento filosófico de Fray Luis de León*, Madrid, Ediciones Rialp, 1960, introducción de Pedro Sainz Rodríguez. En el epígrafe “La presencia de Dios en el Cosmos”, 148-153, aparecen algunas referencias aplicadas a Fray Luis de León.

9 Cf. H. HATZFELD, *Estudios literarios sobre mística española*, Madrid, Gredos, 1976, 17.

10 Á. L. CILVETI, *Introducción a la mística española*, Madrid, Cátedra, 1974, 31.

No es extraño, pues, que Dios participe de una forma tan decisiva en la mayoría de las imágenes de los escritores de la mística española. Por ejemplo, Alfredo Fierro Bardají ha sistematizado el lenguaje religioso en un interesante estudio¹¹. Pero volvamos a la metáfora inicial *mar = Dios*.

Llama la atención cómo la mayoría de los autores religiosos identifican a Dios con un mar. Hallan así concomitancias entre ambas realidades, como la extensión, la profundidad, el sentido de lo infinito y hasta el misterio. Mircea Eliade analiza los simbolismos acuáticos¹² que caracterizan a distintas culturas, creencias y religiones¹³ y, sobre todo, la religión cristiana¹⁴. En la fenomenología del mar el escritor místico encuentra muchas palabras relacionadas con su experiencia y entre éstas selecciona *mar* para nombrar a Dios.

La importancia que el espiritual proporciona a Dios se refleja, ante todo, en la construcción gramatical de la estructura metafórica. Hemos hallado una tendencia clara a la expansión, que suele aparecer junto al término metafórico *mar*. Entendemos por expansión –según la terminología de André Martinet– “todo elemento que añadido a un enunciado no modifica las relaciones mutuas y la función de los elementos preexistentes”¹⁵. En otras palabras, la expansión equivaldría a todo término o grupo de términos que podemos suprimir de la oración, sin que ésta deje de ser una oración y sin que las relaciones gramaticales se modifiquen¹⁶. Por otra parte, el concepto de Martinet –que sería, una vez más, todo lo que no es indispensable– ofrece dos tipos: por coordinación, “cuando la función del elemento añadido es idéntica a la de uno de los elementos preexistentes en el mismo cuadro, de tal modo que se volvería a tener la estructura del enunciado primitivo si se suprimiera el elemento preexistente (y la marca eventual de la coordinación) y se dejara subsistir solamente el elemento añadido”¹⁷, y por subordinación, porque “la función del elemento añadido no se encuentra en ningún momento preexistente en el mismo cuadro”¹⁸. Hecha esta precisión terminológica, veamos el desarrollo de la metáfora *mar = Dios*.

11 A. FIERRO BARDAJÍ, *Semántica del lenguaje religioso*, Madrid, Fundación Juan March, 1976, núm. 1.

12 M. ELIADE, *Imágenes y símbolos (Ensayos sobre el simbolismo mágico-religioso)*, Madrid, Taurus, 1983.

13 M. ELIADE, *Tratado de historia de las religiones. Morfología y dinámica de lo sagrado*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1981.

14 Cf. “Historia y simbolismo”, en *Imágenes y símbolos, o. c.*, 165-174.

15 A. MARTINET, “Las unidades significativas”, en *Elementos de lingüística general*, Madrid, Gredos, 1978, 160-164.

16 Cf. J. DUBOIS y OTROS, *Diccionario de lingüística*, Madrid, Alianza Editorial, 1979, s.v. *expansión*, 264.

17 A. MARTINET, “Las unidades significativas”, o. c., 161.

18 *Ib.*, 161-162.

El itinerario de la estructura metafórica comprende construcciones donde *mar* no presenta ningún tipo de expansión hasta construcciones con una expansión más compleja. La lengua de la mística española tiende a alargar, lo más posible, el sintagma *mar*. En primer lugar, las construcciones más simples –es decir, del tipo *Dios es un mar* y, por la tanto, sin ninguna expansión– no son frecuentes. Tan sólo se descubren unos cuantos ejemplos, pero en esos casos el término real ha sido sustituido por otro similar, cualquiera de los atributos divinos. San Francisco de Borja (1548) y San Juan de Ávila (1556) repiten casi el mismo sintagma:

Cómo puso lumbre en el entendimiento para que, conociendo la verdad, anduviese en claridad, y contemplase siempre el *piélagos* de las misericordias de Dios (*Seis tratados*, 5, pág. 125)¹⁹.

Mas la divina palabra, llena de toda buena esperanza, nos esfuerza diciendo que no desesperemos ni tornemos atrás a los vicios de Egipto, mas que, siguiendo el propósito bueno, con que comenzamos el camino de Dios, estemos en pie confortados con su socorro, para que veamos sus maravillas; las cuales son, que en la *mar* de su misericordia, y en la sangre bermeja de Jesucristo su Hijo, son ahogados nuestros pecados (*Audi filia*, cap. 21, pág. 607).

Obsérvense las afinidades de las construcciones “*el piélagos de las misericordias de Dios*” y “*la mar de su misericordia*”, con los mismos términos real y metafórico. Además, a ambos sintagmas les separan pocos años. También, en San Juan de Ávila volvemos a encontrar otra expresión afín, “*el mar de tu dulcedumbre*”:

Y aunque muchos más sin comparación se juntasen con ellos a gozar de ti, y con mucho mayores fuerzas, es el *mar* de tu dulcedumbre tan sin medida que, nadando y andando ellos embriagados y llenos de tu suavidad, queda tanto más que gozar de ella que si tú, omnipotente Señor, con las infinitas fuerzas que tienes no gozases de ti mismo, quedaría el deleite que hay en ti quejoso, por no haber quien goce de él cuanto hay que gozar (*Audi filia*, cap. 9, pág. 574).

En este último ejemplo se nota la tendencia a ampliar la construcción metafórica referida a Dios con el sintagma autónomo “*tan sin medida*”.

Luis de Alarcón escribe por la misma fecha una metáfora de complemento preposicional con el atributo “*Justicia inmensa*”:

De do se infiere, que todos los demás –quiero decir, los que no fueren sus verdaderos siervos–, caerán en el *piélagos* de su Justicia inmensa (*Camino del cielo*, I, cap. 10, pág. 101).

19 La palabra *piélagos* era ya un sinónimo de *mar*. En el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián Covarrubias, s. v. *mar*, se dice: “Del nombre latino mare, pelagus”. Manejo la ed. de Martín de Riquer, Barcelona, 1943.

A finales del siglo XVI, Malón de Chaide (1588) insiste en la misma fórmula, pero con “*clemencia*”:

Miserable soy tornada, y el peso de mis maldades me trae quebrantada, sí tú, poderoso Señor, no me descargas. ¿A dónde están, Señor, tus antiguas misericordias? ¿A dónde aquel *piélag*o de clemencia de que antiguamente usabas? (*La Magdalena*, t. II, III, cap. 36, pág. 199).

En segundo lugar, el *mar* recibe la expansión de un adjetivo²⁰. Osuna convierte el *mar* en un *gran mar*:

Hase Dios con nosotros en este caso como la mar con sus ríos, la cual se ve que tornan a ella; parece juzgar no ser su agua perdida del gran *mar* y divina abundancia (*Tercer abecedario*, trat. II, cap. 1, pág. 334).

Por otra parte, Luis de Alarcón habla de “*piélag*o infinito”:

Y con que, sobre todo esto, puedes amar y gozar de ese mismo Dios, hacedor tuyo, que es *piélag*o infinito do están y manan todos los bienes (*Camino del cielo*, II, cap. 3, pág. 129).

En tercer lugar, aparece un tipo de construcción consistente en un complemento de nombre introducido por la preposición *de*²¹, que se añade a la palabra *mar*. Este tipo de expansión por subordinación se incrementa con sustantivos y adjetivos²².

Con un sustantivo:

Y porque estos bienes de Dios –que es *piélag*o de amor– a los que huelgan de conversar con él por el gran celo de amor con que los ama (*Camino del cielo*, II, cap. 2, pág. 118).

Con un adjetivo y sustantivo:

Mirad, que esto es una gota de el *mar* grandísimo de bienes, por no dejar nada por hacer con los que ama (*Libro de la Vida*, cap. 22, pág. 104).

Y sobre todo, carecer han de ver y gozar la esencia divina, que es *piélag*o infinito de hermosura y do todo bien emana (*Camino del cielo*, II, cap. 12, págs. 175-176).

O estos otros ejemplos:

20 Según la terminología de la *Gramática española* de Juan Alcina Franch y José Manuel Blecha, Barcelona, Ariel, 1982, nos encontramos ante un incremento adjetivo (cf. la 934).

21 El complemento de nombre de la terminología tradicional constituye el incremento prepositivo introducido por la preposición “de” (*Gramática española, o. c.*, 934 y ss.).

22 No debemos confundir este tipo de expansión por subordinación con el término real de las metáforas de complemento preposicional.

Esto haré tratando dos palabras del nombre del amor, para que abonando este término y mostrando cuán alto es y cuán digno de estima y que es santísimo y divino, V. M., como muy enamorada de Dios, goce de los secretos que aquel *mar* inmenso de amor encierra en sí y comunica a sus santas esposas (*La Magdalena*, t. III, IV, prólogo, pág. 78).

Porque verán claramente al mismo Dios Trino y Uno verdaderamente en su divina esencia, que es *piélagos* infinito e inmutable de toda hermosura y amor y bondad y nobleza y virtud y dulzura, y de todo bien y gloria (*Camino del cielo*, II, cap.15, pág. 194).

Aquí, se aprecia la exagerada expansión del sustantivo núcleo *mar*, que contiene hasta ocho nombres.

En este último tipo de construcción –cuando el término *mar* desarrolla un complemento de nombre más o menos extenso– se puede ver una lexicalización de la metáfora, al significar *mar* “abundancia”. *El Diccionario de Autoridades* definía ya *mar* como “abundancia y copia excesiva de alguna cosa: como mar de riquezas, de piedades”²³, y los dos últimos diccionarios de la Real Academia Española (*DRAE*) de 1992 y 2001 recogen también esa acepción²⁴. He aquí algunos casos de la posible lexicalización:

¡Oh *piélagos* de inmensa sapiencia! ¡Oh grandeza de infinita potencia! (*Oración del duque de Gandía*, trat. 8, pág. 150).

Como muy enamorada de Dios, goce de los secretos que aquel *mar* inmenso de amor encierra en sí (*La Magdalena*, t. III, IV, prólogo, pág. 78).

En esos ejemplos se observa cómo es posible la sustitución del término metafórico *mar* por “abundancia”, que destruiría la metáfora. Ahora bien, la lexicalización –como piensa Michel Le Guern²⁵– no lleva consigo la desapa-

23 REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de Autoridades (1726-1739)*, Madrid, 1979, 3 vols., s. v. *mar*.

24 REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española, DRAE*, vigésima primera edición, 1992, Madrid, dos vols. Véase la ed. electrónica, Madrid, 1995. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española, DRAE*, vigésima segunda edición, 2001, Madrid, dos vols. Véase esta ed. en Internet en www.rae.es y la electrónica, Madrid, 2003. Además, señalan la locución adverbial “*de mar a mar*” (“que denota la abundancia de algunas cosas que ocupan determinado sitio”, s. v. *mar*). María Moliner también habla de “mucha cantidad o mucho número de cierta cosa” (M. MOLINER, 1966-1967, *Diccionario de uso del español, DUE*, Madrid, 1999, segunda ed. y segunda impresión Véase la ed. electrónica en [cederrón](http://cederrón.com), Madrid, 2002, s.v. *mar*). Expresiones semejantes se hallan en Bernadino Laredo (cf. R. RICARD, “La ‘fonte’ de San Juan de la Cruz y un capítulo de Laredo”, en *Estudios de literatura religiosa española*, Madrid, Gredos, 1964, 192), en Bernabé de Palma (cf. V. GARCÍA DE LA CONCHA, *El arte literario de Santa Teresa*, Barcelona, Ariel, 1978, 167) o en el soneto de Sebastián de Córdoba: “Quien en loarte, Virgen, tiene olvido”: “El mar de tu grandeza es conocido/ Habiéndote por Madre Dios tomado,/ Y al verdadero y firme enamorado/ Aquesto solo baste ser sabido” (*Las obras de Boscán y Garcilaso (a lo Divino)*, en *Romancero y cancionero sagrados*, Madrid, BAE, 1950, núm. 62, 50).

25 M. LE GUERN, *La metáfora y la metonimia*, Madrid, Cátedra, 1980, 99.

rición total de la imagen, en nuestro caso la imagen del *mar*. Lógicamente, las expresiones “*piélagos de inmensa sapiencia*” y “*mar inmenso de amor*” son más poéticas que las construcciones “*abundancia de inmensa sapiencia*” y “*abundancia de inmenso amor*”. Ello quiere decir que la imagen, aunque se atenúa, permanece²⁶.

El mecanismo lingüístico hacia una posible lexicalización se extiende a construcciones metafóricas con un término real distinto a Dios. El elemento irreal es, pues, susceptible de tener expansiones con significados contrarios, al perder *mar* el sema pertinente “referente al mar” y poseer, por tanto, el de “abundancia”. Constituye un término neutro que se concreta en el contexto. Pongamos unos ejemplos:

Malón de Chaide identifica a María Magdalena con un *mar de lágrimas*:

¡Oh, María! ¡Oh, *mar* de lágrimas! (*La Magdalena*, t. III, III, cap. 45, pág. 60).

Y en otro lugar volveremos a encontrar la misma expresión:

Pero veamos más y oigamos a María que prosigue en su música. A los pies está, allí se regala, allí halla su descanso, su gloria, y allí está su vida. Canta, hecha un *mar* de lágrimas (t. II, III, cap. 39, pág. 249).

Antes Osuna había utilizado la metáfora de complemento preposicional la *mar de las lágrimas*:

Con palabras semejantes lloran de corazón los que con toda su ánima desean recogerse a Dios y apartarse de todos los negocios que dél los aparta. Este tal busca lugar secreto para que lllore su ánima la ausencia de su amado, el cual sobre *mar* viene más presto que por tierra; e si sobre la *mar* de las lágrimas le enviamos el navío del corazón aparejado en que venga, luego es con nosotros (*Tercer abecedario*, trat. X, cap. 2, pág. 432).

Aunque el sintagma es parecido, las dos construcciones presentan un grado diferente de lexicalización. Osuna usa la estructura “*mar de las lágrimas*” con un claro valor metafórico –hay identificación entre *mar* y “lágrimas”– y, por tanto, una lexicalización en grado cero. Obsérvese cómo la metáfora se realiza al formar parte de un encadenamiento metafórico, constituido a base de imágenes náuticas. Por el contrario, los casos de Malón de Chaide rozan la lexicalización, pero se mantiene, en parte, la imagen marina.

Santa Teresa escribe, igualmente, “*piélagos de pecados y maldades*” para describir el momento del alma anterior a la presencia de Dios:

26 *Ib.*

Guárdame tanto Dios en no ofenderle, que, cierto, algunas veces me espanto, que me parece veo el gran cuidado que trai de mí, sin poner yo en ello casi nada, siendo un *piélag*o de pecados y maldades antes de estas cosas, y sin parecerme era señora de mí para dejarlas de hacer (*Cuentas*, núm. 3, pág. 514).

O “*mar de tentaciones*”:

Mas a éste, no, no; aunque toda la *mar* de tentaciones venga, no la harán dejar de arder de manera que no se aseñoree él dellas (*Camino*, cap. 19, pág. 156).

Como en los otros ejemplos, la sustitución de *mar* por “abundancia” parece clara, una vez más.

Una idéntica estructura a la de *Cuentas de conciencia* (1563) vuelve a repetirse veinticinco años después en *La conversión de la Magdalena*, de Malón de Chaide (1588). Así, la expresión teresiana “*piélag*o de pecados y maldades” se sustituye por “*piélag*o de miserias y desventuras” y en los dos casos existen dos sustantivos que inciden sobre el mismo término metafórico:

Fue, pues, el caso que, en pecando Adán y dar consigo en un *piélag*o de miserias y desventuras y descomedírsele todo lo criado todo fue uno (*La Magdalena*, t.I, II, cap. 8, pág. 177).

Más tarde, el jesuita Luis de la Puente empleará también la expresión “*mar de penas*” por “*abundancia de penas*”:

Y comunicándola alguna luz celestial con la cual vea las muchas ocasiones que Dios la envía de merecer, con ese *mar* de penas en que anda navegando de continuo (carta número 6, pág. 359)

Además, descubrimos en Luis de Alarcón “*gran lago de miserias*”, que se ofrece como variante de “*mar de penas*”. En el ejemplo siguiente *lago* funciona igual que *mar* y presenta, por tanto, un grado de lexicalización:

Pues, cuando esta ánima es justificada, es sacada de tan gran *lago* de miseria, y de la semejanza y poderío del demonio, y de ser eternamente condenada; y es traída a estado de gracia (*Camino del cielo*, 119 cap. 8, 149).

1.2. MAR = JESUCRISTO

La figura de Jesucristo, junto a la de Dios, constituye un elemento importantísimo en la mística española²⁷. Por ello, la presencia de Jesús recorre la

27 Adviértase trabajos concretos aplicados sobre algunos espirituales, como el de Secundino Castro (“La experiencia de Cristo, centro estructurador de ‘Las moradas’”, en *Actas del Congreso Internacional Teresiano*, 4-7 de octubre de 1982, Salamanca, Universidad Pontificia, Ministerio de Cul-

mayor parte de las obras de los escritores religiosos de los siglos XVI y XVII y participa con bastante frecuencia en todo tipo de imágenes. Veamos, pues, tal recurrencia a través de la metáfora *Mar Bermejo = sangre de Cristo*.

Esta metáfora –que es un reflejo, una vez más, de la espiritualidad cristocéntrica de la época– sirve para identificar un *mar bermejo* con la “sangre de Cristo”. La semejanza de los términos “*mar bermejo*” y “*sangre de Cristo*” es clara desde el punto de vista del significado, pues existen una serie de semas comunes, como “estado líquido”, “color bermejo”, etc. Ahora bien, es preciso ahondar más en tal semejanza a la luz de los textos. Para ello, nos hemos fijado en los espirituales que más profundizan en la identidad, como San Francisco de Borja y Malón de Chaide distanciados en unos treinta años:

Texto número 1

Mas no desmayen entonces los que desean aprovechar, antes se deben animar a la victoria para ahogar el ejército de Faraón en el mar Bermejo de la sangre de Jesucristo (*Ejercicio para buscar la presencia de Dios en todo el día*, trat. 22, pág. 374, antes de 1559).

Texto número 2

Por eso que guarden el concierto que hice con ellos en el bautismo, cuando me dieron la fe de tenerme por su Dios, y yo a ello por mi pueblo; y que guarden el pacto que hice con sus padres, cuando les saqué de la captividad del pecado, ahogando sus enemigos, los demonios, en el Mar Bermejo de mi sangre (*La Magdalena*, t. II, III, cap. 32, pág. 163, año 1588).

El origen de la imagen del *Mar Bermejo* se halla, sin duda, en el pasaje bíblico que narra el paso de los hebreos a través del Mar Rojo (*Éxodo*, 13)²⁸. En la imagen náutica se entrecruzan, además, el fragmento evangélico que cuenta la institución de la Eucaristía en la última Cena²⁹ y el comentario de San Pablo sobre el bautismo por el mar (*I Co*, 10):

No quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar; y todos fueron bautizados en Moisés, por la nube y el mar; y todos comieron el mismo alimento espiritual; y todos bebieron

tura, 1983, vol. II, 927-944) o el de F. GARCÍA Muñoz, *Cristología de San Juan de la Cruz (Sistemática y mística)*, Madrid, FUE, 1982, prólogo de Baldomero Jiménez Duque.

28 Versículos 17 y ss.

29 En *Mateo*, 26, 27-28, leemos: “Tomó luego un cáliz y, dadas las gracias, se lo dio diciendo: ‘Bebed de él todos, porque ésta es mi sangre de Alianza, que va a ser derramada por muchos para remisión de los pecados’”. Más referencias se hallan en X. LÉON-DUFOUR, *Vocabulario de teología bíblica*, Barcelona, Herder, 1975, 830-833; J. DHEILLY, *Diccionario bíblico*, Barcelona, Herder, 1970, 1134-1136.

la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo³⁰.

Así pues, las metáforas *mar Bermejo de la sangre de Jesucristo* y *Mar Bermejo de mi sangre* reflejan esas fuentes bíblicas y presentan, asimismo, la recreación de los diversos temas que se refieren en los pasajes bíblicos. Ahí reside, sin duda, el valor de las estructuras metafóricas de San Francisco de Borja, primero, y Malón de Chaide, después.

Aparte de esas coincidencias entre ambas expresiones y de otras –existe la misma construcción gramatical, una fórmula de complemento preposicional– el ejemplo más tardío –el de Malón de Chaide– es más poético, porque la emotividad es muchos mayor. Obsérvese cómo la identificación entre *Mar Bermejo* y la “sangre” es más cercana, al estar en estilo directo. En el primer caso, el emisor identifica el *mar Bermejo* con la “sangre de Jesucristo” desde la función del narrador; en el segundo, en cambio, es el mismo personaje –Jesús–, quien establece la semejanza.

Pero la recreación de los pasajes bíblicos no consiste sólo en un cruzamiento de temas mediante una estructura metafórica, sino que la imagen náutica del *Mar Bermejo* constituye un reflejo de las experiencias del místico; es decir, pertenece a la intrahistoria personal del personaje –o del autor, en muchas ocasiones–, como sufridor de los procesos místicos. Veámoslo en Malón:

Luego por mí pagas, Señor, y también se ahogan mis pecados en el *piélago* de tu sangre, y si yo debo la muerte, Tú la tomaste por mí (*La Magdalena*, t. II, III, cap. 28, pág. 107).

Aquí, se nota cómo la narración del texto bíblico del *Antiguo Testamento* –el paso del Mar Rojo– ocupa un segundo plano y su presencia, por tanto, no es pertinente. Lo que de verdad le interesa al místico –lo importante– es la transposición de la historia bíblica a la vida interior del personaje, la Magdalena: en ese mar, que es la sangre de Cristo, se ahogan sus pecados³¹.

Tal utilización de la imagen marítima se descubre también en San Francisco de Borja:

Y si otros dejan la oración por la pesadumbre que dan los pensamientos vanos, con los cuales no se pueden valer, lléguense a este admirable sacramento, que por su virtud verán que así como Moisés anegó a Faraón en el *mar Bermejo*, así también, y aun más excelentemente, se anegará el ejército de Faraón, que son los malos pensamientos, en la amargura del *mar Bermejo*, que es la pasión de

30 Concretamente los versículos 1-4.

31 En la estructura metafórica “*piélago de tu sangre*” se ha suprimido “*Rojo*” y la elisión confirma, una vez más, el paso a un segundo plano del cuadro bíblico, incluso a su desaparición.

Cristo, cuya memoria se represente en este alto sacramento (*Tratado espiritual de la oración*, trat. 20, cap. 11, pág. 353).

En este caso la imagen presenta algunas variantes. En primer lugar, un mismo relato bíblico ha desarrollado un encadenamiento metafórico –aunque mínimo– en función, una vez más, de la interioridad del sujeto místico:

El *ejército de Faraón* se identifica con “*los malos pensamientos*” en la metáfora “*el ejército de Faraón, que son los malos pensamientos*”. Aquí la semejanza radica en los semas “maldad”, “abundancia”, “en contra de Dios”. El *Mar Bermejo* se equipara a la “*pasión de Cristo*” en la estructura metafórica *la amargura del mar Bermejo, que es la pasión de Cristo*.

En segundo lugar, San Francisco de Borja ha sustituido la “*sangre*” por la “*pasión*”. Tal sustitución parece lógica, pues la “*sangre*” simboliza la “*pasión*” y ésta última es la expresión más alta del amor de Dios hacia el hombre, ya que la sangre le ha lavado de los pecados³². Además, la imagen –con la presencia de la “*sangre*” y la “*pasión*”– añade un significado nuevo, el dramatismo, que no falta en una navegación; y, por supuesto, también el drama estuvo presente en las escenas de la Pasión. Por todo ello, la metáfora de San Francisco de Borja recoge el carácter negativo del mar, que procede del hebreo. Así Covarrubias afirma que la palabra “*mar*” “vale amargura”³³ y Alfonso de Palencia en 1490 dice: “En hebraico es amargo”³⁴. Obsérvese, por otra parte, la presencia del término “*amargura*”, que intensifica, aún más, el dramatismo.

Aparte de esos valores, la imagen del Mar Rojo presenta la idea –bastante común– de que en “el mar se ahogan los pecados”. En todas las muestras que se han aducido se reitera el verbo “*ahogar*”, como en las expresiones “*para ahogar el ejército de Faraón*” (Borja), “*ahogando sus enemigos*” o “*se ahogan mis pecados*” (Malón). Pero Osuna había tratado anteriormente el mismo tema en el *Tercer abecedario espiritual*:

Ésta es la verdaderísima contricción; la cual se dice en la Escritura grande así como la *mar*, porque en ella peligran y se ahogan todos los pecados en cuanto a la culpa y a la pena, y porque, no quedando alguno dellos, salen a la ribera de la boca por la confesión ya muertos (trat. XIV, cap.6, pág. 479).

Aquí aparecen términos como “*mar*” –“*así como la mar*” no constituye una expresión metafórica, ya que no hay identificación–, “*ahoguen*”, “*pecados*”, que se han reiterado en textos posteriores, como en San Francisco de Borja y Malón de Chaide. Ha podido existir, pues, un influjo a través de la lectura

32 Cf., por ejemplo, San Juan, *Apocalipsis*, 1, 5.

33 Cf. S. de COVARRUBIAS, *Tesoro*, s. v. *mar*.

34 Cf. A. de PALENCIA, *Universal vocabulario en latín y en romance*, Madrid, 1967, s. v. *mar*.

del *Tercer abecedario espiritual*, que tanta influencia tuvo en la espiritualidad española³⁵. Por otra parte la mística de recogimiento –impulsada por los franciscanos reformados de Castilla la Nueva y que busca a Dios en el propio seno del alma– debió influir notablemente en los escritores religiosos de esta época. No dudamos, por supuesto, que la lectura bíblica del pasaje del Mar Rojo dejó huella en autores posteriores, como en Malón; pero la aparición del *Tercer abecedario espiritual* (1527) motivó que escritores, más tarde, bebieran de sus textos no sólo por la cercanía, sino –sobre todo– por lo sugestivo del libro.

El recogimiento interior participa, por otra parte, en la creación de metáforas nuevas. Tal es el caso de la *ribera de la boca*, que entronca con el tema obsesivo de los contemporáneos de la contrición por las penas³⁶ y con el estudio de sí mismo, el concepto “socratismo cristiano” del que habla Robert Ricard³⁷.

De lo dicho hasta aquí, se infiere que la metáfora *Mar = Dios* sirve para designar a la divinidad –ya sea Dios o Jesucristo– y, además, la imagen náutica expresa las diferencias que existen entre la divinidad y el hombre por los atributos. Por todo ello, fijémonos en lo que dice Pedro Sainz Rodríguez:

En todas sus metáforas y alegorías místicas cuidan mucho de dejar bien fijada la diferencia de las personalidades divina y humana, y seguramente es esto consecuencia de la afirmación de la personalidad humana a que se ve impulsada, por su psicología, una raza tan individualista como la nuestra³⁸.

Esas diferencias entre Dios y el sujeto místico se expresan, de una forma más clara, mediante una oposición por antonimia, que se traduce en la pareja “inmensidad/ pequeñez”³⁹. En nuestro caso tal oposición semántica presenta, en general, como primer miembro el término insólito *mar*, y como segundo, los términos metafóricos *gota* y *arena*⁴⁰.

Desde la visión del místico, el término positivo –o marcado– se encamina hacia Dios, y el negativo –o no marcado– se dirige hacia las criaturas. Espigüemos algunos ejemplos:

35 Cf. M. BATAILLON, *Erasmus y España*, México, FCE, 1979, 167. Nótese cómo vuelven a aparecer “*la mar de su pasión*” y la misma mención bíblica (la caída de los egipcios –“*pecadores*”– en el Mar Rojo): “Relatando cómo el Señor echó en la mar de su pasión do el bautismo se funda el cavallo y al cavallero, esto es, al pecado y al demonio que allí perecieron y se ahogaron” (tr. II, cap. 7, 344).

36 Cf., por ejemplo, las 95 tesis *Pro declaratione virtutis indulgentiarum* de Martín Lutero. En el número 40 se dice: “Una contrición sincera busca y ama las penas” (M. ARTOLA, *Textos fundamentales para la historia*, Madrid, Revista de Occidente, 1973, 255).

37 R. RICARD, “Estudios de literatura religiosa española”, o. c., 64.

38 P. SAINZ RODRÍGUEZ, *Introducción a la historia de la literatura mística en España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1984, 310.

39 Ramón Trujillo habla de un “campo de estructura bipolar”, *El campo semántico de la valoración intelectual en español*, La Laguna, Universidad, 1970, 22. Cf. M. J. FERNÁNDEZ LEBORANS, *Campo semántico y connotación*, Madrid, Cupsa, 1979, 60-63.

40 Como se observa, planteamos el problema en términos funcionalistas.

Fray Luis de León contrasta el *mar* y la *arena*:

En el profundo del abismo estaba
del no ser encerrado y detenido,
sin poder ni saber salir afuera,
y todo lo que es algo en mí faltaba,
la vida, el alma, el cuerpo y el sentido;
y en fin, mi ser no ser entonces era,
y así de esta manera
estuve eternalmente
nada visible y sin tratar con gente,
en tal suerte que aun era muy más buena
del ancho *mar* la más menuda *arena*;
y el gusanillo de la gente hollado
un rey era, conmigo, comparado
(canción “En el profundo del abismo estaba”, apéndice IV, 281).

Aquí, se recalca la oposición semántica –todavía más– con la presencia de adjetivos. Para el poeta el “*mar*” es ancho, y la “*arena*”, menuda. Obsérvese cómo la antítesis se realiza al hallarse las dos metáforas en el mismo verso.

Por otra parte, Santa Teresa usa la oposición semántica mediante las metáforas *mar* = *Dios* y *gota* = *primeros momentos de la presencia de Dios en el alma*:

También me parece que anda Su Majestad a provar quién le quiere, si no uno, si no otro, descubriendo quién es, con deleite tan soberano por avivar la fe –si está muerta– de lo que nos ha de dar, diciendo: Mirad, que esto es una *gota* de el *mar* grandísimo de bienes, por no dejar nada por hacer con los que ama (*Libro de la Vida*, cap. 22, pág. 104).

Al igual que ocurría con Fray Luis las dos metáforas aparecen muy próximas; en el caso de Santa Teresa, “*gota*” y “*mar*” están unidas por el monema funcional “*de*”. El sintetismo al que llega Santa Teresa en 1575 es posible, porque anteriormente ha existido una expresión metafórica analítica: Luis de Alarcón (1547) había explicado las dos metáforas:

Porque él es *piélago* inmenso, de do todo bien mana en la tierra y en el cielo, en cuya respecto es una *gota* pequenuela todo lo criado (*Camino del cielo*, I, cap. 1, pág. 66).

2. LA NAVEGACIÓN

Aparte de la designación de Dios –y con ello las diferencias de las personalidades divina y humana– la *navegación* constituye para el místico la imagen por excelencia para caracterizar el ascenso espiritual del alma desde el periodo

purificativo hasta el unitivo⁴¹. A la largo de las páginas que siguen, asistiremos al análisis de una auténtica *navegación* con sus avatares y peligros.

La elección de tal imagen para caracterizar el camino espiritual no es caprichosa. En primer lugar, ha existido –como ya quedó dicho– una tradición clásica que ha utilizado imágenes náuticas, como la *navegación* para referirse a la composición literaria, que vemos en los poetas romanos⁴². Esta tradición llega a su cenit en el Renacimiento, que presenta un gusto por la filosofía neoplatónica⁴³ y el mismo Platón ha usado imágenes marítimas⁴⁴. Por otra parte han existido voces –como la de A. F. G. Bell– que hallan en esa utilización un reflejo del Descubrimiento de América⁴⁵.

En segundo lugar, el *mar* es el medio ideal para describir el camino espiritual para ir a Dios⁴⁶. Esta justificación la refiere San Juan de la Cruz:

Este camino de ir a Dios es tan secreto y oculto para el sentido del alma como lo es para el del cuerpo el que se lleva por la *mar*, cuyas sendas y pisadas no se conocen; que esta propiedad tienen los pasos y pisadas que Dios va dando en las almas que *Dios* quiere llegar a sí, haciéndolas grandes en la unión de su Sabiduría, que no se conocen (*Noche*, Libro II, cap. 17, pág. 400).

Indudablemente, en el fondo del fragmento sanjuanista existe un recuerdo bíblico, que lo cuenta él mismo:

También el profeta real desde camino del alma dice desta manera, hablando con *Dios*: Y tus ilustraciones lucieron y alumbraron a la redondez de la tierra; conmovióse y contremió la tierra. En el *mar* está tu vía y tus sendas en muchas aguas, y tus pisadas no serán conocidas (*ib.*)

El texto bíblico procede del salmo 76, cuyo texto reproducimos a continuación:

¡Voz de tu trueno en torbellino;
Tus relámpagos alumbraban el orbe,

41 Utilizo el término *espiritualidad* en lugar de *vía mística*, porque, así, evitamos la oposición ascética/ mística. De esta forma, nos situamos junto a los tratadistas modernos de mística católica (cf. Á. L. CILVETI, “Introducción a la mística española”, *o. c.*, 16).

42 Cf. E. R. CURTIUS, “Las metáforas”, & “Metáforas náuticas”, en *Literatura europea y Edad Media latina*, México, FCE, 1981, 189-190; M. R. LIDA DE MALKIEL, *La tradición clásica en España*, Barcelona, Ariel, 1975, 275.

43 Cf. C. CUEVAS GARCÍA, “La España del siglo XVI”, en la ed. a *De los nombres de Cristo*, Madrid, Cátedra, 1977, 13; M. MENÉNDEZ Y PELAYO, “La estética platónica en los místicos de los siglos XVI y XVII”, en *Historia de las ideas estéticas*, Santander, Edición Nacional, 1940, vol. II, cap. 7.

44 *Apud* R. SENABRE, “Imágenes marítimas en la prosa de Ortega y Gasset”, *o. c.*, 220.

45 A. F. G. BELL, *Los nombres de Cristo*, Oxford, 1925, 234 (*apud* M. R. LIDA DE MALKIEL, “La tradición clásica en España”, *o. c.*, 290).

46 En la tradición hindú la *nave* es uno de los símbolos básicos del progreso místico (cf. Á. L. CILVETI, “Introducción a la mística española”, *o. c.*, 61).

la tierra se estremecía y retemblaba.
 Por el mar iba tu camino,
 por las inmensas aguas tu sendero,
 y no se descubrieron tus pisadas⁴⁷.

Tal justificación se encuentra también en otros escritores como en un fragmento de Osuna, donde se refieren las diferencias de la tierra y el *mar*:

Con palabras semejantes lloran de corazón los que con toda su ánima desean recogerse a Dios y apartarse de todos los negocios que dél los aparta. Este tal busca lugar secreto para que lllore su ánima la ausencia de su amado, el cual sobre *mar* viene más presto que por tierra (*Tercer abecedario*, trat. X, cap.2, pág. 432).

Y con más claridad en el siguiente texto;

Estas cosas he dicho para nuestra doctrina, pues que nuestra vía es por el *mar* (Psal. LXXVI d) y nuestra senda por las muchas aguas (trat. V, cap. 2, pág. 368).

Santa Teresa continúa insistiendo también en la importancia de la imagen náutica para tratar de la oración de recogimiento:

Las que desta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma –adonde está el que la hizo a él y a la tierra– y acostumbrarse a no estar adonde se distraigan estos sentidos exteriores, crea que lleva buen camino y que no dejará de llegar a beber del agua de la fuente –con el favor de Dios–, porque camina mucho en poco tiempo. Es como el que va en una *nao*, con un poco de buen viento se pone en el fin de la jornada en pocos días, y los que van por tierra tårdanse mucho más (*Camino*, cap. 28, pág. 210).

Finalmente, Luis de la Puente refiere un pasaje bíblico en que se habla –una vez más– de las excelencias del *mar*:

Y así, en descubriéndole los tesoros que se encerraban en aquel verso de David: “los que navegan por la *mar*, rompiendo por las muchas aguas, ellos verán las obras del Señor (*Vida del P. Baltasar*, cap. 7, pág. 53).

Pero veamos cómo se desarrolla el camino espiritual que –insistimos– es una navegación⁴⁸. El escritor religioso inicia la descripción del proceso místico

47 Versículos 19-20.

48 Un estudio concreto aplicado a un autor –como Fray Luis de León– es el de Ricardo Se-nabre: “Las bases metafóricas de Fray Luis de León”, en *Tres estudios sobre Fray Luis de León*, Salamanca, Universidad, 1978, 37-57 especialmente.

desde el lugar más alejado de la suma perfección, es decir, empieza desde el conocimiento de su propia humanidad y de sus limitaciones⁴⁹.

2.1. MAR = VIDA HUMANA

En primer lugar, de ese conocimiento introspectivo de sí mismo, el espiritual emplea la imagen náutica del *mar* para caracterizar “la vida humana”, una imagen que ha tenido una asombrosa vitalidad en el Renacimiento y Barroco e incluso hoy⁵⁰. Quevedo usaba en *El Buscón* la metáfora verbal *navegar* por “pasar la vida”, “vivir”:

Pasábamolo en la iglesia notablemente [...]; súpone bien y mejor que todas esta vida; y así, propuse de *navegar* en ansias con la Grajal hasta morir⁵¹.

Domingo Ynduráin comenta el sintagma *navegar en ansias* y habla de “unas fatigas amorosas”:

En efecto, ansias parece significar afanes o fatigas del tipo que sean, según el contexto, aunque con frecuencia se refiere a las fatigas amorosas; esta especialización data de antiguo⁵².

La acepción de *navegar*, refiriéndose a los lances del amor, vuelve a aparecer en Quevedo:

Allá vas, jacarandina,
Apicarada de tonos,
Donde de motes y chistes
Navega el amor el golfo⁵³.
Yo que fui norte de guros
enseñando a *navegar*,
a las godeñas en ansias,
a los buzos en afán⁵⁴.

49 Para el tema del conocimiento de sí mismo, véase el trabajo de R. RICARD, “Notas y materiales para el estudio del ‘socratismo cristiano’ en Santa Teresa y en los espirituales españoles”, en “Estudios de literatura religiosa española”, *o. c.*, 21-147.

50 Por ejemplo, Miguel Delibes publicó en 1969 la novela *Parábola del naufragio*. Ricardo Gullón analiza esta obra desde el punto de vista de la metáfora: “El naufragio como metáfora”, en *Homenaje a la memoria de don Antonio Rodríguez Moñino (1910-1970)*, Madrid, Castalia, 1975, 275-283. Además, Leopoldo Panero ha escrito el poema “Los naufragos” (*Obras completas*, I, Poesías 1928-1962, Madrid, Editora Nacional, 1973, ed. de Juan Luis Panero, de *Escrito a cada instante*, 243-245).

51 F. QUEVEDO, *El Buscón*, I, Madrid, Espasa-Calpe, 1967, ed. de Américo Castro, 267-268.

52 F. QUEVEDO, *El Buscón*, Madrid, Cátedra, 1980, ed. de Domingo Ynduráin, 282-283.

53 F. QUEVEDO, *Obras*, III, Madrid, BAE, núm. 69, 1953, (Poesías), poema “Jácara”, núm. 6, 103.

54 *O. c.*, 106 a. Véanse más ejemplos en la ed. de Américo Castro, *cit.*, 267.

Pero en el fondo *navegar* se refiere, sin duda, al “paso de la vida”. En Quedo hallamos los siguientes versos:

Mientras que tinto en mugre sorbí brodio
y devanado en pringue y telaraña
en ansias *navegué* por toda España⁵⁵.

Baltasar Gracián escribe en *El Criticón* (1651) *el amargo mar de la vejez* que designa también “el curso de la vida” –en este caso, una parte de la existencia humana, la vejez:

Mas ¡ay!, que al cabo viene a parar en el amargo *mar* de la vejez, abismo de achaques sin que le falte una gota⁵⁶.

Aquí, la vejez constituye un *naufragio* anticipado que conducirá inexorablemente a la muerte. La vida como *naufragio* no es nueva, sino que se halla ya en San Gregorio Magno (a fines del siglo VI):

Pero te ruego que en el *naufragio* de esta vida me sostengas con la tabla de la oración, para que, ya que el propio peso me sumerge, la mano de tu mérito me levante⁵⁷.

El curso de la vida humana aparece también en el lenguaje imaginativo de la mística española. Valgan estos tres ejemplos de Fray Luis de León:

Al capitán romano
la vida, y no la sed, quitó el bebido
tesoro persiano; y Tántalo, metido
en medio de las aguas, afligido
de sed está; y más dura
la suerte es del mezquino, que sin tasa
se cansa así, y endura
el oro, y *la mar* pasa
osado, y no osa abrir la mano escasa
(oda “En vano el mar fatiga”, núm. 5, pág. 230).
En ti, casi desnudo
deste corporal velo, y de la asida
costumbre roto el ñudo,
traspasará la vida
en gozo, en paz, en luz no corrompida;
de ti, en el *mar* sujeto
con lástima los ojos inclinando,

55 Ed. de J. M. Bleuca, 620.

56 B. GRACIÁN, *El Criticón*, Madrid, Cátedra, 1980, ed. de Santos Alonso, parte II, crisis primera, 288. Cf. R. SENABRE, “Gracián y El Criticón”, *o. c.*, 36-37.

57 SAN GREGORIO MAGNO, *Obras*, Madrid, BAC, 1958, t. 170, 233, introducción general, notas e índice de Melquiades Andrés Martín y traducción de Paulino Gallardo.

contemplaré el aprieto
del miserable bando,
que las saladas *ondas* va cortando
(oda “¡Oh ya seguro puerto [...]!” , número 14, pág. 249).

Y este último:

Fenecido el *navegar* de la vida, entra en el puerto abastado de bienes (*Exposición del Libro de Job*, V, 25, BAE, XXXVII, pág. 321).

El *mar del vivir* se presenta descrito negativamente en cuanto la vida terrenal supone la ausencia del supremo bien, que es el cielo, “la otra vida”. De ahí que los espirituales españoles utilicen insistentemente adjetivos para caracterizar la vida humana. El valor de la metáfora reside en la elección del adjetivo que acompaña a *mar*. Así, uno de los más genuinos es *tempestuoso*, que se repite una y otra vez. Osuna se sirve de él en el *Tercer abecedario espiritual*:

O amor dichoso, que tú eres áncora de nuestra esperanza, que nos afirmas en Dios como en puerto seguro, aunque andamos en el *mar* tempestuoso desta vida (trat. XVI, cap. 5, págs. 498-499).

El franciscano había explicado anteriormente por qué la vida presente es un *mar tempestuoso*:

De los mundanos que suben al *mar* alborotado del mundo no hacemos aquí mención, sino de los que por humildad descienden en gruesas naos de grandes ejercicios, navegando por la *mar* de la vida presente al puerto de la salud. Llamo la vida presente *mar*, pues que de tantos torvellinos y tempestades es fatigada, en la cual peresce el que no va en algunas destas naos, que son los sanctos ejercicios de virtud (trat.V, cap.2, pág. 368).

O este otro ejemplo:

Las cosas ya dichas han de ser muy bien examinadas e miradas por miedo de los muchos e grandes peligros que hay, en especial en este *mar* por que navegamos, que es la vida presente subjeta a muchos engaños, e también de parte de la mesma nao (pág. 369).

Unos años después, Santa Teresa reitera un *mar tempestuoso* en un poema:

Dichoso el corazón enamorado
Que en solo Dios ha puesto el pensamiento,
Por Él renuncia todo lo criado,
Y en Él halla su gloria y su contento;
Aún de sí mismo vive descuidado,
Porque en su Dios está todo su intento,
Y así alegre pasa y muy gozoso
Las ondas deste *mar* tempestuoso
 (“Dichoso el corazón enamorado”, número 26, págs. 973-974).

Aquí, se observa el influjo del franciscano sobre la santa carmelita por la presencia del mismo sintagma, que reaparece en otros textos de la Santa. En el *Libro de la Vida* vemos:

Por estar arrimada a esta fuerte columna de la oración pasé este *mar* tempestuoso casi veinte años con estas caídas (cap. 8, pág. 49).

Idéntido sintagma –*este mar tempestuoso*– contiene *Camino de perfección* (1573):

Así que, hermanas, cuando entre vosotras viéredes alguna a quien el Señor las haga, alabadle mucho por ello, y no por eso penséis que está segura, antes la ayudad con más oración, porque nadie lo puede estar mientras vive y anda engolfado en los peligros de este *mar* tempestuoso (cap. 40, pág. 290).

También, y por los mismos años (1572-1573), Fray Luis de León recurre al *mar tempestuoso*, pero en este caso la imagen traduce las vivencias durante su estancia en la cárcel. En los versos que siguen, de una oda escrita a la Virgen, la figura de María se presenta como clara guía del *mar tempestuoso* en que se halla inmerso el poeta:

Virgen, lucero amado,
 en *mar* tempestuoso clara guía,
 a cuyo santo rayo calla el viento;
 mil olas a porfía
 hunden en el abismo un desarmado
 leño de vela y remo, que sin tiento
 el húmedo elemento
 corre; la noche carga, el aire truena
 (“Virgen, que el sol más pura”, número 21, pág. 266).

Tal expresión metafórica tiene un correlato en otra que presenta los adjetivos *amargo* y *fiero*:

Después que no descubren su Lucero
 mis ojos lagrimosos noche y día,
 llevado del error, sin vela y guía,
 navego por un *mar* amargo y fiero
 (soneto “Después que no descubren su Lucero”, núm. 5, apéndice VII, pág. 290)⁵⁸.

58 El *mar amargo* y *fiero* no se encuadra dentro de un ambiente ascético-místico. El mismo Oreste Macrí –que no sabe la fecha del soneto, pero sí que se trata de un Fray Luis joven– habla de un corte herreriano.

Otro de los adjetivos que se asocian al término *mar* es *furioso*. En una de las escasas mujeres de estos siglos que escribieron experiencias místicas, como Luisa de Carvajal⁵⁹, topamos con *mar furioso*:

Mi puerto venturoso,
do Silva de mil males amparada
queda, y del *mar* furioso
la braveza burlada,
cuando más pretendió verme anegada
(poema núm. 21, pág. 438).

El *mar* es, además, *borrascoso* y *temerario*:

Y habiendo dejado la rica nave el borrascoso y temerario *mar* y engolfándose por el cielo en un piélago de seguridad (carta número 48, pág. 169).

Por todo ello la vida terrenal es triste para el místico. He aquí cómo lo cuenta San Francisco de Borja en 1548:

Por donde si esta humildad es la que nos lleva allá, justo es no la dejemos acá, sino que abrazados con ella, caminemos por el *mar* de esta triste vida, hasta que lleguemos a la eterna, a la cual nos lleve la misericordia del Señor (*Seis tratados*, cap.3, pág. 105).

La vida terrenal es, sobre todo, un lugar donde imperan las incertidumbres, las miserias y desasosiegos. De aquí —como sucediera con la metáfora *mar* = *Dios*— que el *mar* se acompañe de complementos de nombre que explicitan aún más tal carácter de la vida presente. He ahí algunos ejemplos:

Fray Luis de Granada describe la vida como un *piélago de infinitas miserias* y un *mar de continuas mudanzas y desasosiegos*:

Porque pretendían hallar este último fin y bienaventuranza en esta vida (como gente que de la otra no tenía noticia), siendo ésta un *piélago* de infinitas miserias, y un *mar* de continuas mudanzas y desasosiegos (*Introducción al símbolo de la fe*, V, cap. 3, pág. 617).

Fray Luis de León asocia la *mar sujeta a tormentas* a los “dolores y miserias” humanas:

Que es decir que le encarcela a él como tiene encarcelada la *mar*, o que así como está sujeta la mar a tormentas, y es como el propio lugar de las tempestades, y donde las olas combaten y los vientos ejecutan su violencia y rigor, así le hace a él como sujeto propio de dolores y de miserias (*Job*, VII, 12, pág. 332).

59 Cf. nuestra memoria de licenciatura *Índice metafórico de la obra de Luisa de Carvajal y Mendoza (1566-1614)*, Cáceres, Facultad de Filosofía y Letras, 1980; “La metáfora e imagen en Luisa de Carvajal (Escritora mística del Siglo de Oro)”, en *Aguas Vivas*, 40 (1982), 2.

Malón de Chaide participa también de la concepción de la vida como un conjunto de miserias a raíz del pecado de Adán y Eva:

Fue, pues, el caso que, en pecando Adán y dar consigo en un *piélag*o de miserias y desventuras y descomedírsele todo la criado, todo fue uno (*La Magdalena*, t. I, II, cap. 8, pág. 177).

Además, se descubre en este autor la metáfora de las miserias humanas, *mar = ojos que lloran*:

Aquel que pisa el cielo, que se pasea por sobre las estrellas, es llovido y regado con lágrimas de una pecadora: Magna est velut mare contritio tua; quis medebitur tu? Tan grande es el *mar*, de tus ojos, como el del océano (t. II, III, cap 36, págs. 197-198).

Por otra parte, la vida con sus penas y tormentos se describe con la presencia de dos metáforas náuticas que intensifican todavía más el concepto negativo que el espiritual tiene de la vida terrenal. No es extraño que en Luis de la Puente tropecemos con expresiones, como *mar de penas* y *navegando* muy cercanas:

Y comunicándola alguna luz celestial con la cual vea las muchas ocasiones que Dios la envía de merecer, con ese *mar* de penas en que anda navegando de continuo (carta número 6, pág. 359).

Si el *mar* es la vida, el hombre que navega por ese mar, expuesto a toda clase de peligros, es un *navío agujereado*:

Mas desto no hay que dudar
Que en el hombre está la falta,
Porque de ocasión tan alta
No se quiere aprovechar.
Lástima extraña por cierto
Los destos desventurados
Navíos agujereados,
Que se anegan en el puerto⁶⁰.

Como se observa, no se trata de unos *navíos* cualesquiera que se mantienen con toda seguridad sobre la superficie del mar, sino que esos *navíos* –los hombres están agujereados y, por tanto, son susceptibles de ser hundidos en las aguas.

El *navío agujereado* es *frágil* (“Y en cuyas rocas se rompen los frágiles navíos de los mal avisados mozos”, *La Magdalena*, t. I, prólogo, pág. 24) y, por consiguiente, un *navío desarmado*:

El uno, que surgía
alegre ya en el puerto, salteado

60 D. DE VEGAS, *Poesía cristiana, moral y divina* (1590), en “Romancero y cancionero sagrados”, o. c., núm. 35, 503, poema “Dado que no hay que dudar”.

de bravo soplo, guía,
 en alta mar lanzado,
 apenas el *navío* desarmado
 (oda núm. 14, pág. 249).

Además, el paso rápido por este corta vida se representa con la imagen de la *nave cargada de manzanas*, que se añade a los anteriores *navíos agujereados*. Malón de Chaide lo explica muy detalladamente:

Pues de esta manera huyen nuestros breves y cansados días, y pasamos nosotros con ellos, como *nave* cargada de manzanas, que lleva viento en popa, las velas hinchadas, que pasan con gran ligereza y deja un breve olor de la fruta que lleva, y en un punto se disipó y desvaneció por el aire (*La Magdalena*, t. III, III, cap. 41, pág. 12).

Aquí, hallamos una sugestiva manera de expresar la brevedad de la vida a través del veloz movimiento de la *nave cargada de manzanas*. Malón de Chaide habla, a continuación, de cómo “el miserable del hombre vive los días tasados, cortos y llenos de calamidad y desventura, y él mismo en sí es más frágil que una florecilla” (págs.12-13) y en otro lugar “las grandezas humanas” se equiparan a la *espuma del mar*:

Finalmente, son todas sus máquinas [del hombre] telas de araña, sus lanzas picaduras de mosquitos, sus grandezas espuma del *mar*, su ser la misma vanidad, como lo dijo David (t. III, III, cap. 44, pág. 48).

Referencias a la rapidez de la vida terrenal se localizan en la *Biblia*. La imagen de la *nave* aparece una y otra vez para describir el veloz paso de nuestros días. En el *Libro de Job* los días se deslizan como *canoas de junco*:

Mis días han sido más raudos que un correo,
 se han ido sin ver la dicha.

Se han deslizado lo mismo que canoas de junco,
 como el águila el caer sobre la presa⁶¹.

Y en el *Libro de la Sabiduría* la *nave* rompe el *mar agitado como noticia que va corriendo*:

Todo aquello pasó como una sombra,
 como noticia que va corriendo;
 como nave que rompe el mar agitado,
 y no es posible descubrir la huella de
 su paso ni la estela de su quilla en las olas⁶².

61 Cap. 9, 25-26.

62 Cap. 5, 9-10.

La nave cargada de manzanas se convierte en San Juan de la Cruz en *naos cargadas de riquezas* con un sentido negativo:

Y así es lástima ver algunas almas como unas ricas *naos* cargadas de riquezas y obras y ejercicios espirituales y virtudes y mercedes que Dios las hace (*Subida*, Libro I, cap. 11, pág. 118).

Por otra parte, la imagen *mar del vivir* es usada para narrar situaciones personales anímicas del personaje o del autor. Tal es el caso de Fray Luis de León, y cuyas metáforas a base de imágenes náuticas han sido ya analizadas y estudiadas⁶³. Por todo ello, solo haremos algunas referencias sobre la poesía de Fray Luis de León que ofrecen imágenes náuticas que reflejan, en cierta medida, algunos momentos del agustino. Tampoco entraremos en disquisiciones de tipo biográfico en torno a estas imágenes. Así, interesa la presencia de esas imágenes en función de la relación con la vida humana.

En los poemas de Fray Luis se repite con bastante frecuencia el sintagma *mar turbada*, cuya idea entronca con el carácter miserable y penoso de la condición humana. La *mar turbada* se identifica con la “vida terrenal”, pero, al mismo tiempo, la imagen náutica es una descripción de las experiencias reales, como el proceso, las encarcelaciones y las persecuciones⁶⁴. He ahí dos lirás compuestas por los mismos años:

Después el vientre entero,
la Madre desta Luz será cantada,
clarísimo Lucero
en esta *mar turbada*
del linaje humanal fiel abogada
(oda “¿Qué santo o qué gloriosa [...]?”), número 19, pág. 256).

O esta otra de la oda “¿Y dejas, Pastor santo [...]?”:

Aqueste *mar turbado*
¿quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto

63 Cf. K. VOSSLER, *Fray Luis de León*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, Argentina, 1946, 95 y ss; R. SENABRE, “Las bases metafóricas de Fray Luis de León”, en “Tres estudios sobre Fray Luis de León”, *o. c.*, 39-58; y el P. Ángel Custodio VEGA, ed. crítica de las poesías de Fray Luis, Madrid, Saeta, 1955, 353.

64 En tal sentido, Ricardo Senabre dice: “Lo que singulariza la poesía de Fray Luis no es la utilización de estas desgastadas equivalencias metafóricas ni, por tanto, la originalidad de su mundo imaginativo, sino el tono de autenticidad que recuperan las viejas fórmulas al ser despojadas de su tradicional función ejemplificadora y retórica y adquirir la gravidez de un sincero y profundo sentimiento personal, moldeado por experiencias reales” (*o. c.*, 53). Y más adelante afirma: “Parece, pues, evidente que la adopción de la trillada metáfora náutica y sus posteriores reiteraciones coinciden con una etapa de la poesía de Fray Luis cuya inicio está marcado por las terribles circunstancias del proceso y del encarcelamiento subsiguiente” (*o. c.*, 58).

al viento fiero, airado?
 Estando tú encubierto,
 ¿qué Norte guiará la nave al puerto?
 (número 18, pág. 255).

El *mar turbado* se convierte, en otras ocasiones, en *mar hinchada*:

Veré las inmortales
 columnas, do la tierra está fundada;
 las lindas y señales,
 con que a la *mar hinchada*
 la Providencia tiene aprisionada
 (oda “¿Cuándo será que pueda [...]?” , núm. 10, pág. 241)⁶⁵.

Otros autores reflejan también situaciones personales con las imágenes náuticas. Jerónimo Gracián, confesor de Santa Teresa de Jesús y animador de las fundaciones de la carmelita en Andalucía⁶⁶, relata la revolución de la orden carmelita por medio de una *mar alborotada*. El protagonista de *Peregrinación de Anastasio* irrumpe de este modo:

Acuérdome que muchos años antes que comenzase revolución en la Orden (muy a los principios de ella) una monja, de las más santas que teníamos (estando en oración), una *mar alborotada*: Y que yo padecía en sus ondas, que, aunque entonces me reí mucho de esta monja (diálogo 6, pág. 86).

En este último ejemplo, a la *mar alborotada* se unen las *ondas*, que se identifican con “movimientos impetuosos o violentos”⁶⁷. El *Diccionario de Autoridades* refiere ya esa acepción: “Metaphoricamente se llaman, en los afectos del ánimo, los movimientos impetuosos o violentos”⁶⁸.

Por otra parte, el jesuita Luis de la Puente usa imágenes marítimas para narrar empresas espirituales. En una carta (Salamanca, número 17) al P. Rodrigo de Cabredo –que se halla en la misión del Perú– se ve cómo el autor juega con el *mar* con su doble significado, el mar físico o real y el mar metafórico o irreal:

65 Cf. la ed. de Miguel de Santiago, *Obra poética completa*, Barcelona, Libros Río Nuevo, 1981, 145, donde aparece *airada*.

66 Cf. los capítulos 23, 24, 25 y 26 de las *Fundaciones*, en donde se trata de los avatares y dificultades que condujeron a la fundación del monasterio del glorioso San José del Carmen en Sevilla (1575). En el cap. 23 la Santa habla de las excelencias del comisario apostólico de los Descalzos y Descalzas, Fray Jerónimo de la Madre de Dios Gracián (para este asunto, véase V. GARCÍA DE LA CONCHA, “El arte literario de Santa Teresa”, *o. c.*, 18, 30 y 35-36).

67 Tales sucesos violentos se refieren al capítulo celebrado en San Pablo de Moraleja, donde los frailes calzados decretan prácticamente la destrucción de los descalzos. Además, la Fundadora quedará virtualmente confinada en el convento de Toledo (cf. V. GARCÍA DE LA CONCHA, *Introducción al Libro de las Fundaciones*, Madrid, Espasa-Calpe, 1982, 16).

68 *Diccionario de Autoridades*, s.v. *oleada*.

Todo lo habrá menester; porque, en saliendo del *mar* Océano, o del Sur, entrará en otro, que tiene sus tempestades y amarguras. Y para no se ahogar, habrá bien menester saber orar [...] y confiar en este gran Dios, que con su palabra puede sosegar el un *mar* y el otro (pág. 372).

Otro ejemplo se observa en *Vida del P. Baltasar Álvarez*:

Porque dentro del mismo año, la muerte que temía navegando por el *mar*, le saltó y cogió en la tierra (cap. 46, pág. 215).

Todos estos casos de imaginación náutica no sólo informan sobre determinados episodios de los autores o personajes, sino que reflejan el pulso de la espiritualidad de la época. Recuérdense las palabras de Pedro Sainz Rodríguez:

El lenguaje de los místicos va caminando de metáfora en metáfora. Una historia del origen y evolución de estas metáforas y una clasificación de su aplicación doctrinal y de sus modalidades estilísticas, nos darían más luz sobre la historia de la espiritualidad mística, que muchas disertaciones teológicas⁶⁹.

2.2. MAR = MUNDO

En segundo lugar, los textos religiosos contienen la equivalencia del *mar* y el 'mundo', como en el siguiente soneto del *Cancionero* de Juan López de Úbeda (1588):

Las aguas del diluvio iban creciendo,
 Los campos y las tierras anegando,
 Los mismos mares se iban derramando,
 Y el cielo más y más siempre lloviendo.
 El arca por las ondas discurriendo,
 Las gentes medio muertas van nadando,
 Y el santo Patriarca consolando
 A aquéllos que a su lado iban temiendo.
 Es arca nuestro altar, es nave firme,
 Y amparo en las tormentas y mudanzas
 Que el *mar* del mundo tiene cada día.
 Aquí asegura Dios las esperanzas,
 Haciendo que en virtud más se confirme,
 Aquél que de la fe no se desvía⁷⁰.

El *alboroto* forma, pues, parte del mundo. De ahí la formulación *mar alborotado del mundo*:

⁶⁹ P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Espiritualidad española*, Madrid, 1961, 302.

⁷⁰ Del *Cancionero y vergel de Flores diversas*, Alcalá de Henares, 1588 (*apud Romancero y cancionero sagrados, o. c.*, núm. 47, 49).

De los mundanos que suben al *mar* alborotado del mundo no hacemos aquí mención (*Tercer abecedario*, trat. V, cap. 29, pág. 368).

Al *alboroto* se unen las tempestades, que se identifican con el “mundo” (*Moradas*):

Aquí halla la paloma que envió Noé a ver si era acabada la tempestad, la oliva, por señal que ha hallado tierra firme dentro en las aguas y *tempestades* de este mundo (séptimas, cap. 3, pág. 487).

Mar del mundo halla, por otra parte, concomitancias con otra afín, *mar* = “pecado”:

Al grave paso acorre, Padre inmenso,
No me hunda en el *mar* de mi pecado;
Ni me borres, Señor, de tu memoria⁷¹.

Y aún más, tenemos la expresión *gran lago de miseria* (el “pecado”):

Pues, cuando esta ánima es justificada, es sacada de tan gran *lago* de miseria, y de la semejanza y poderío del demonio, y de ser eternamente condenada; y es traída a estado de gracia (*Camino del cielo*, II, cap.8, pág.149).

La representación del *mar* como el “mundo” presenta también la forma literaria clásica de los *cantos de sirenas*, de tal manera que el mundo es, para el místico, un *peligroso mar de canto de la sirena*:

Después de puestos en la pelea –que, como digo, no es pequeña–, los tenga el Señor de su mano para que puedan librarse de muchos peligros que hay en el mundo y tapar los oídos en este peligroso *mar* del canto de la sirena (*Camino*, cap. 3, pág. 66).

Obsérvese cómo la imagen náutica es intensificada por la noción clásica del canto de la sirena⁷² y por la presencia del adjetivo *peligroso* que determina al *mar*. En cualquier caso, la santa carmelita se ha servido de conceptos de la literatura clásica y los ha traspuesto a la descripción de las experiencias místicas. El mundo –con sus tentaciones y placeres– se representa con una imagen marítima que refleja el espinoso camino del alma.

Y Fray Luis de León ha escrito la oda “No te engañe el dorado” (número 9), cuyo tema central son las sirenas. Aquí, surge también el recuerdo del perso-

71 D. RAMÍREZ PAGÁN, *Floresta de varia poesía*, en *Romancero y cancionero sagrados*, cit., soneto núm. 97 “Divina y alta luz, do el sol hermoso”, 55.

72 Cf. el epígrafe “Las ninfas” en M. Eliade, *Tratado de historia de las religiones, o. c.*, 214-216; E. ALARCOS LLORACH, “Las Serenas de Luis de León”, en *Anuario de Estudios Filológicos (AEF)*, III, 1980, 7-20.

naje de la literatura griega Ulises, quien no se sojuzgó a las insinuaciones de la falsa Serena. Veamos unas liras:

Imita al alto Griego,
 que sabio no aplicó la noble antena
 al enemigo ruego
 de la blanda Serena,
 por do por siglos mil su fama suena;

 decía comoviendo
 el aire en dulce son: “La vela inclina,
 que, del viento huyendo,
 por los mares camina,
 Ulises, de los Griegos luz divina;

 allega y da reposo
 al inmortal cuidado, y entretanto
 conocerás curioso
 mil historias que canto,
 que todo navegante hace otro tanto
 (págs. 239-240)⁷³.

2.3. MAR = CUERPO

En tercer lugar, junto a la caracterización negativa del mundo, se encuentra la descripción del propio cuerpo del personaje –o del místico– que es asimismo negativa. Basta leer tan solo un fragmento de San Francisco de Borja para darnos cuenta de ello:

Allende desto, para que más se incline nuestra voluntad a la frecuentación deste divino misterio, y para más entender el remedio que por él reciben las almas que dignamente se aparejan, sepan los que desean entrar en la oración que nuestra alma, por estar tan unida con la corrupción del cuerpo [...] (*Tratado espiritual de la oración*, trat. 20, cap. 11, pág. 353).

En un principio la identificación entre el *mar* y el “cuerpo” aparece una y otra vez en *Tercer abecedario espiritual*:

Muévese a las veces tan gran tempestad en la *mar* muy amarga deste cuerpo (trat. XX, cap. 8, pág. 555).

⁷³ También San Juan de la Cruz habla de las *ninfas* en las canciones 18 “¡O ninfas de Judea!” y 22 “Entrado se a la esposa”, del *Cántico espiritual*. En la declaración de ésta última leemos: “[...] y las *ninphas* se sasegassen –que eran estorbos e inconvenientes que impedían el acavado deleyte del estado del matrimonio espiritual” (240).

Esa identificación no es, pues, caprichosa. Así ha existido una evolución que ha conducido a la metáfora *mar* = “*cuerpo*”. La génesis se localiza en San Pablo, quien refiere un cuerpo de pecado que es destruido por la resurrección de Cristo:

Nuestro hombre viejo fue crucificado con él, a fin de que fuera destruido este cuerpo de pecado y cesáramos de ser esclavos del pecado⁷⁴.

Aquí, el texto paulino presenta el concepto negativo del cuerpo, de modo que éste no expresa ya solo a la persona humana salida de las manos de Dios, sino que manifiesta una persona esclava de la carne y del pecado⁷⁵. Por otra parte, ya vimos en Diego Ramírez Pagán (1562) la fórmula metafórica *mar de mi pecado*:

No me hunda en el mar de mi pecado⁷⁶.

Obsérvese la similitud entre las expresiones *mar de mi pecado*, de Ramírez Pagán, y la de San Pablo, *cuerpo de pecado*.

Es, pues, evidente que si el *mar* y el cuerpo son pecado, el *mar* y el “cuerpo” deben identificarse. Todo (el *mar*, cuerpo, pecado) parece relacionarse. Osuna habla de cómo la muchedumbre de las pasiones se figuran en el *mar amargo*:

La muchedumbre de las pasiones, que se figuran en el *mar amargo*, quiso Dios abreviar sufriendolas en sí mismo (*Tercer abecedario*, trat. XVII, cap. 3, pág. 516).

La metáfora *mar* = *cuerpo* presenta, a su vez, la variante del *lago*. Es Osuna quien lo refiere también:

Porque las pagas temporales no creo que descenden del cielo, de do viene todo don perfecto, mas acá se cogen en la tierra para pagar a los terrenales, y el gusto del cielo envía Dios como señal de su gloria, y también para que sea como almuerzo confortativo a los que trabajan en la obra del Señor, o como gota de miel alcanzada con la vara de la cruz de aquel panal de la bienaventuranza para algún refrigerio al que pelea y mantenimiento al que está entre los leones y bestiales movimientos, puesto contra su voluntad en el *lago* deste cuerpo (trat. V, cap. 3, pág. 373).

El *lago* aparecerá también a fines del siglo XVI en *La conversión de la Magdalena*:

74 Epístola a los Romanos, 6, 6.

75 Cf. X. LÉON-DUFOUR, “Vocabulario de teología bíblica”, o. c., 204.

76 *Romancero y cancionero sagrados*, o. c., soneto número 97, 55.

Viéndome estar en tan profundo *lago*,
 aún allí no acababa de volverme
 a Ti, de ciego, que era un justo pago
 (t. II, III, cap. 28, 110, traducción de *Job* 7).

El empleo de esta metáfora obedece, sin duda, a las extraordinarias magnitudes que presentaban algunos lagos, como el Caspio. Tal apreciación estaba vigente en aquella época por lo que cuenta Alfonso de Palencia en su obra lexicográfica⁷⁷.

Finalmente, el cuerpo se identifica con la *nave*:

Así es nuestro corazón, situado en medio desta *navecilla* de nuestro cuerpo, al cual se recogen todos los males y llagas y fatigas y vicios y ocupaciones que tenemos en el cuerpo (*Tercer abecedario*, trat. IV, cap. 4, pág. 363).

Esa identificación es extraña, porque la *nave* es una metáfora del alma. Pero ya se vio antes la presencia de unos *navíos agujereados* = *hombres* (Damián de Vegas) y un *navío desarmado* (Fray Luis de León). También la explicación la proporciona Osuna: la *nave* del cuerpo no es una embarcación segura, al estar el navío abierto por alguna parte y por allí entra agua:

Mas como el corazón sea muy semejable a la bomba de la *nao*, toda parte puede recoger inmundicia. La bomba del *navío* es un lugar que está en medio dél, al cual se acoge toda la agua que en el *navío* se derrama, y también cuando el *navío* está abierto por alguna parte y por allí entra agua, todo va a parar a la bomba, por estar en medio de la *nao* y más baja que todas las otras partes della (*ib.*).

En suma, los *navíos agujereados* = *hombres*, que aparecían en 1590, ha tenido unos primeros baluceos en el fragmento de Osuna. Una vez más, el influjo del franciscano es evidente.

2.4. NAVE = ALMA

La navegación continúa, pues, con la *nave*, imagen del alma. Espiguemos algunos casos:

Aqueste mar turbado
 ¿quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
 al viento fiero, airado?
 estando tú encubierto,
 ¿qué Norte guiará la *nave* al puerto?
 (oda núm. 16 pág., 255).

77 Cf. A. DE PALENCIA, "Universal vocabulario en latín y en romance", *o. c.*, s. v. mar.

Y también sé que en el extremo de la tribulación, cuando ya ni hay fuerza en quien padece, ni sabiduría en quien rige la *nao* (*Audi filia*, cap.30, págs. 634-635).

O estos otros:

Habiendo dejado la rica *nave* el borrascoso y temerario mar y engolfándose por el cielo en un piélago de seguridad (Luisa de Carvajal, carta núm. 45, pág. 169).

Aquí desató este gran Dios, que detiene los manantiales de las aguas y no deja salir la mar de sus términos, los manantiales por donde venía a este pilar de el agua, y con un ímpetu grande se levanta una ola tan poderosa que sube a la alto esta *navecica* de nuestra alma (*Moradas*, sextas, cap. 5, pág. 438).

La metáfora *navecica del alma* del fragmento presenta las variantes *navío* y *galeras*. Osuna prefiere *navío de Dios*:

Muévese a las veces tan gran tempestad en la mar muy amarga deste cuerpo, que parece sumirse debajo de las ondas del mal deseo nuestra ánima, *navío* de Dios (*Tercer abecedario*, trat. XX, cap. 8. pág. 555).

Tal preferencia estriba en la consideración del *navío* como “ejercicio de virtud y santidad”:

Estas cosas he dicho para nuestra doctrina, pues que nuestra vía es por el mar (Psal. LXXVI d) y nuestra senda por las muchas aguas; donde es de notar que cada ejercicio de virtud e santidad es una *navecilla*, en que cada justo con su familia interior e mundo menor se deve salvar (trat. V, cap. 2, pág. 368).

Esa metáfora vuelve a repetirse más adelante:

Llamo la vida presente mar, pues que de tantos torvellinos y tempestades es fatigada, en la cual peresce el que no va en algunas destas *naos*, que son los sanctos ejercicios de virtud (*ib.*).

El viento próspero con que deve navegar la *nave* de nuestro ejercicio es el flato o inspiración del Espíritu Sancto (pág. 369).

Y este último ejemplo:

Yo he leído muchos peligros marinos que pueden ser contrarios a la *nao* de nuestro ejercicio (*ib.*).

Además, el *Tercer abecedario espiritual* contiene la variante *navío = corazón*:

E si sobre la mar de las lágrimas le enviamos el navío del corazón aparejado en que venga, luego es con nosotros si no cesamos para que creciendo el agua se levante el *navío* del corazón, para que no tocando en tierra vaya más seguro y venga (trat. X, cap. 2, pág. 432).

O la identificación del *navío* con el “deseo”:

Por vosotras va el *navío* de nuestro deseo muy presto a Dios, porque a las lágrimas nunca falta el aire del Espíritu Sancto para las purificar y mover (cap. 5, pág. 436).

No faltan ocasiones en que el *seguro navío* es “el silencio de la celda”:

O hermano, si comenzases a gustar el retraimiento de la celda, e si conocieses el bien que pierdes en perderla, y cómo estando en ella estás dentro en el seguro *navío* que te llevará al puerto de la vida entera (trat. IX, cap. 4, pág. 423).

Con toda nitidez se desprende aquí la mística del recogimiento, que busca lugares físicos apropiados para la reflexión interior⁷⁸. Por otra parte, los espirituales emplean las *galeras*, que son navíos más pequeños, como Luis de la Puente:

Y esto tan gran verdad, que los mismos que han subido a este modo de oración de quietud tienen necesidad de no olvidar el ejercicio de meditar y pensar algo en los divinos misterios; porque muchas veces cesa el favor y moción de Dios, que les levante a tanta quietud, es menester que entonces obren ellos con sus potencias, pues no han de ser como navíos de alto bordo, que solamente se mueven con viento, sino como *galeras* o navíos más pequeños, que en faltando el viento, navegan con remo; y si faltase el viento y remo, quedarían en calma (Vida del P. Baltasar, cap. 42, pág. 199).

En este caso, se prefieren embarcaciones pequeñas, porque el ascenso espiritual constituye una labor del místico⁷⁹.

Se pretende que el alma navegue lo más rápidamente posible. Para ello, las embarcaciones –aparte de la pequeñez– han de llevar poca carga. Santa Teresa, en las séptimas moradas, teme porque la *nave* va demasiado de cargada y se hunda en el fondo del mar:

⁷⁸ Cf. el trabajo de Melquiades Andrés Martín, *Los recogidos. Nueva visión de la mística española (1500-1700)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976.

⁷⁹ La tarea del místico está expuesta a muchos contratiempos, que dificultan el recogimiento. Por ese motivo, la oración se presenta como algo muy complejo. Así, para Jerónimo Gracián la oración es un *piélagos*. Dice el personaje Cirilo a Anastasio: “No te pido yo todos los conceptos que en la oración te han venido, que ya veo ser eso un gran *piélagos*, que ni hay memoria para tenerlos ni lengua ni pluma para declararlos y escribirlos” (*Peregrinación*, diálogo 15, 229). Osuna habla también de la imagen del *remo*, aunque no llega a una formulación metafórica: “[...] meneando la siniestra ala del entendimiento como quien rema con un solo *remo* para venir al reposado puerto, y quiere nadar con un brazo para salir e la orilla” (*Tercer abecedario*, trat. XII, cap. 1, 451). Cf. H. HATZFELD, “El estilo nacional en los símiles de los místicos españoles y franceses”, en *Estudios literarios sobre mística española, o. c.*, 129; R. SENABRE, “Gracián y el Criticón”, *o. c.*, 54.

Algunas veces, las muchas mercedes las hacen andar más aniquiladas, que temen que, como una *nau* que va muy demasiado de cargada, se va a lo hondo, no les acaezca así (cap. 3, pág. 488).

Por otra parte, la *Subida del Monte Carmelo* formula la variante *ricas naos cargadas de riquezas que no pueden navegar*:

Así es lástima ver algunas almas como unas ricas *naos* cargadas de riquezas y obras y ejercicios espirituales y virtudes y mercedes que Dios las hace, y por no tener ánimo para acabar con algún gustillo o asiento o afición –que todo es uno– nunca van adelante, ni llegan al puerto de la perfección, que no estaba en más que dar un buen vuelo y acabar de quebrar aquel hilo de asimiento o quitar aquella pegada rémora de apetito (Libro I, cap. 11, pág. 118).

Luis de la Puente vuelve a insistir sobre lo mismo:

Es mucho más fácil cuando en la oración no se va remando con trabajo, sino navegando viento en popa por moción del divino Espíritu (*Vida del P. Baltasar*, cap. 14, pág. 80).

3. CONCLUSIÓN

En síntesis, la imaginería marítima de los espirituales españoles –que procede además de los relatos bíblicos, especialmente de los *Salmos* de David– se relaciona con el mar y la constelación de la navegación. En primer lugar, el mar desarrolla las equivalencias *mar* = “Dios” y *mar* = “Jesucristo” (existen afinidades y diferencias entre San Francisco de Borja y Malón de Chaide, imagen que es empleada por vez primera por Osuna en su *Tercer abecedario espiritual*). En segundo lugar, la constelación de la navegación, que entronca a los espirituales con la tradición clásica, la filosofía neoplatónica del Renacimiento y los relatos bíblicos recogidos una y otra vez por San Juan de la Cruz y en alguna ocasión por Santa Teresa, es la imagen ideal del ascenso místico. Ofrece un encadenamiento metafórico con sentido ascendente, como las equivalencias: 1. *Mar* = “*vida humana*”, metáfora fructífera en nuestra literatura (vid. Quevedo, Baltasar Gracián o Leopoldo Panero, hoy), y con valoraciones negativas entre nuestro escritores, como se observa en la elección de los adjetivos *tempestuoso*, usado por Osuna, Santa Teresa o Fray Luis de León (nótese además la utilización de la construcción *mar turbadola* de Fray Luis de León espléndidamente analizada por Ricardo Senabre en sus *Tres estudios sobre Fray Luis de León*, *alborotado* (Jerónimo Gracián) y *¿urioso* (Luisa de Carvajal). Esta metáfora origina también otras equivalencias, como *mar* = “ojos que lloran” y, sobre todo, la del *navío* = “hombre” con las variantes *navío agujereado* (Damián de Vegas), *desarmado* (Fray Luis de León), *nave cargada de manzanas* que refleja

la brevedad de la vida (Malón de Chaide) o las *naos cargadas de riquezas* (San Juan de la Cruz). 2. *Mar* = “*mundo*”. Es un procedimiento coherente y racional de la anterior equiparación, presente en nuestro *Cancionero* sagrado, que ofrece también otras identificaciones (vid. *mar* = “*pecado*”, que engarza con la noción clásica del canto de la sirena, en Santa Teresa y Fray Luis de León). 3. *Mar* = “*cuerpo*”. Continúa asimismo tal proceso con la caracterización negativa (recurrente en el *Tercer abecedario*), y que contrasta con 4) *nave* = “*alma*”, con las variantes *navío/nao* (Osuna y Santa Teresa) y *galera* (Luis de la Puente).